

Changuito de sal

En la áspera Región de la Puna, salpicados entre las grandes moles cordilleranas se hallan los extensos manchones blanquecinos de los salares que se alternan limitados por imponentes conos volcánicos. A pesar de ser inhóspito y árido, es un ámbito en el que sobreviven penosamente unos pocos nativos corajudos. Algunos pasan los días pastoreando rebaños de llamas y ovejas, otros buscan pepitas de oro en los bancos de arena de los arroyos, o arreglan y construyen corrales de animales; solo unos pocos extraen sal. Son costumbres transmitidas desde tiempos inmemoriales con las que obtienen productos para hacer trueque.

Para quién no la ha recorrido es solo un páramo lejano, y aunque en parte así es, hay sectores en que la fauna nativa es variada y numerosa. En invierno, el viento helado es casi permanente y las copiosas nevadas llegan a sepultar de pie a los animales desprevenidos. Durante sus cortos días, el lento y triste sol alumbraba sin calentar. Pero distinto resulta ser cuando el aire se templaba, pues los días son tranquilos y sin viento y los lugareños salen a trabajar en cuanto comienza a clarear.

Amanecía temprano en el salar, eran poquito más de las seis y el sol del verano se alzaba sobre las montañas despuntando el nuevo día, y como los anteriores iba a ser caluroso, muy caluroso. Sentado en sus talones y con una pequeña hacha entre sus manos, Silverio ayuda a su padre en la dura y difícil tarea del cortador de sal. Es algo que ha aprendido del suyo y aquél también sabía lo que sabía del de él; y por cientos de años enseñado como oficio desde épocas anteriores a la llegada de los Incas, las manos de los Guitián arrancan al salar parte de su piel, año tras año para el tiempo de la cosecha. Panes de sal que su padre lleva al Valle Calcháqui para vender cargando solo de a cuatro por burro y cruzando en dos días la Sierra de Los Patos, bajando hasta Cachi si lleva los suficientes para comerciar. Cuando viene pegando la vuelta, cobra con choclos en San José, algún tejido en El Colte, vinito en Seclantás, duraznos para el lado de Molinos, y pimientos y papas en la Finca Tacuil. Después es un oscuro punto trepando el enorme macizo que lo separa de su casa, de su salar.

Silverio es un niño que a pesar de su edad tiene responsabilidades de hombre. Con nueve años y sin infancia pasó de largar la teta y el calor del kepi en la espalda de la mamá a manejar su hachita para limpiar y cuadrar esos bloques que son más pesados que él, y que su padre separa a puro tajazo de hacha. Una noche en que volvían de la veguita donde llevan a pastar las llamas y las ovejas, cruzando las lomadas de la costa en un sector en que brota agua dulce y forma un enorme lago de escasa profundidad, preguntó sorprendido a su padre:

-Tata, ¿por qué hay luna arriba y otra abajo en el salar?, ¡Mirá Tata mirá!, si hasta estrejas 'tán áhi brijando como las otras-

-Silverio, tenés la suerte de tené cielo arriba y cielo abajo, con su luna y su estrejerío. Pero s'están reflejaaaando nomá, es como que la agua hace que como espejo ahicito güelvan a estar. Si te metís áhi y te mojás las vas a podé tocá-

Silverio Guitián tiene las manitos callosas y ajadas y casi negras por el sol, el viento y la sal; y se mueven habilidosas y conecedoras del oficio, y se ven más negras cuando contrastan con los panes. Su carita redonda no es alegre, no parece la de un niño; sus mejillas son piel curtida y paspada al igual que sus labios; tiene miedo de sonreír, pueden sangrar. De noche, su cuerpito mal nutrido descansa sobre unos pellones de oveja y sus ojitos cerrados solo ven panes de sal, no conocen juguetes. A veces, acostado y antes de dormirse mira las estrellas que relumbran intensas por una rendija que hay entre la pared de piedra y la puerta de madera de cardón y se imagina un poncho abierto que agujereado por el uso deja pasar la luz del sol. Silverio siente que hay otras cosas más allá de los cerros y de las vegas, de las vicuñas y las ovejas;

siente que hay otras cosas más allá de las pircas de los antiguos que están en la quebrada; pero las siente y nada más. A veces se pregunta si es que hay niños como él o solo niños de verdad, ¿cómo será?

Quizás Silverio nunca lo sepa. Silverio es solo un niño y no debiera llorar. Un niño que corta panes de sal. Silverio no tiene lágrimas, sus lágrimas son el salar.